AHI ESTA LA RESPUESTA A UNA SINCERA Y emocionada invitación de la C. N. T.

Como respuesta a la invitación formulada, una vez más, por el Comité Nacional de la C. N. T. a partidos y organizaciones antifascistas, para reiniciar la discusión en reuniones de conjunto y concertar entre todos las bases de una acción común, materializando así el verdadero bloque de lucha contra el fascismo, es decir, el Frente Antifascista, se ha reunido el Comité del Frente Popular Nacional, organismo que resucita después de un silencio y una inactividad que creíamos definitivos, dadas las circunstancias que vive España. Y ese Comité ha dado el primer paso para iniciar la marcha y volver al "programa que sirvió de base para la formación del Frente Popular de 1936", agregando, para "actualizarlo"; algo que no tiene ninguna consistencia: "Con punto y tarea que dimanan de la propia situación por que atraviesa nuestro país".

Es decir, que en una hora tan grave, cuando todos han vuelto a hablar por milésima vez de la urgente necesidad de ampliar, de vigorizar, de dar calor y vida a la unidad, para mancomunar a todas las fuerzas que en partidos y organizaciones están encuadradas, cuando todos han señalado como a factor negativo las pugnas entre sectores de la retaguardia, cuando la organización confederal ha dado el manifiesto categórico del 21 de octubre reclamando definiciones, los partidos reaccionan, y reaccionan de una manera totalmente alejada de las exigencias de la guerra que sostenemos, retomando viejos senderos, viejas fórmulas y viejos objetivos, dejando de lado, lo que es imperioso: realizar la unidad con un amplio Frente Antifascista, que asuma la responsabilidad de la dirección de la lucha y de la vida nacional.

En la reunión primera del referido Comité, celebrada la semana pasada, estuvieron presentes los delegados del Partido Socialista, Izquierda Republicana, Partido Comunista y Unión Republicana. Nos parece que faltó alguien, algún partido, y ha de parecerles lo mismo a quienes recuerdan la génesis y la vida de aquel Frente Popular

Nos parece que si, que el frente político reunido para reemprender la marcha con viejos himnos en plena guerra revolucionaria, debió hacerlo constar en el acta que ha dado a publicidad, como señal inequívoca de su reaparición en el escenario político español.

Veamos sus acuerdos iniciales. Primero: que reanude sus funciones el Comité Nacional del Frente Popular, integrado por miembros de los partidos concurrentes; segundo: "CUMPLIMENTAR EL PROGRAMA QUE SIRVIO DE BASE PARA LA FORMACION DEL FRENTE POPULAR DE 1936, con punto y tarea que dimana de la propia situación por que atraviesa nuestro país, para que sirva de base a la actuación de este organismo nacional y en sus funciones de ayuda eficaz al Gobierno del Frente Popular"; tercero: redacción de un manifiesto, y cuarto: realizar sucesivas reuniones en las que "abordará diversos problemas que afecten a sus trabajos y robustecimiento".

Estamos, de hecho, ante una dolorosa realidad, que no puede engañar a nadie. Cuando todo el pueblo esperaba un paso firme hacia la consolidación del Frente Antifascista, para afrontar las situaciones que la guerra nos deparará sin duda alguna, con el entusiasmo y el vigoroso empuje de un conjunto decidido a realizar un programa común previamente aceptado por todos, se nos aparecen los partidos en una actitud que demuestra hasta la evidencia que piensan hacer "su" política, olvidando lo que la realidad viene proclamando a quienes quieren ver: que así se agravan las cosas, que así se especula con posiciones detentadas accidentalmente, que así se da la espalda al pueblo, que tiene su expresión más poderosa y responsable en las Organizaciones Sindicales.

Un programa que no sirve en la hora actual, un bloque político que no sirve para los momentos actuales, un plan de acción que se cierra en torno a unos cuantos sectores del antifascismo, pueden servir para cualquier cosa, menos para hacer la guerra con eficacia, menos para obtener del proletariado lo que sólo el proletariado puede y debe dar, para alcanzar el triunfo revolucionario. Un Frente Popular ahora, por más que pretenda «actualizar» su programa, no puede ser más que esto: política negativa. ¿Quiénes pueden ahora afirmar que los cinco millones de proletarios, de los que, por lo menos, la mitad no se siente "representada" por esos partidos que se obstinan en retroceder a épocas que la Revolución ha enterrado con todas sus lacras y vicios; que cinco millones de productores españoles, han de creer en la sinceridad de elementos cerrados a toda reflexión, cuando afirman que quieren, que adoran la unidad, que desean el Frente Popular Antifascista, etc., etc.?

Ahí está la respuesta a una sincera y emocionada invitación proletaria, al ¡Basta ya! de la C. N. T., a sus proposiciones concretas para realizar un verdadero programa de guerra para hacerla victoriosamente. Ahí está la "solución" de quienes en la hora de máxima gravedad para nuestra causa, en el momento decisivo para España en guerra por su libertad, no encuentran mejor acuerdo que el de resucitar algo tan fuera de lugar, tan estéril como inoportuno, como es el "fortalecimiento" del bloque político, para hacer política de bloque, al margen del proletariado organizado, que constituye, quiéranlo o no los que sueñan imposibles, la base sin la cual es absolutamente absurdo suponer que ganaremos la lucha que sostenemos por la Revolución. Por la Revolución que el 19 de julio tuvo que hacer el proletariado para salvar a España de una catástrofe que no fueron capaces de evitar los bloques políticos al estilo del que ahora reaparece en escena, de la misma manera que a catástrofe vendría si el proletariado no estuviera ahora en condiciones de superar la ceguera política, asumiendo la responsabilidad máxima en esta guerra que los obreros y campesinos, combatientes y trabajadores de la Revolución, están más interesados que nadie en ganar, cueste lo que cueste.

La realidad está ahí. Para que de ella saquen conclusiones quienes deben hacerlo.

Sindicato de Artes Gráficas

(Viene de la página 6.ª)

guntamos por qué... La pregunta se nos quiebra en los labios. Una duda angustiosa empaña de tristeza las pupilas de estos hombres que no repararon en sacrificios para poner en movimiento la industria arruinada por la especulación vergonzosa de la burguesía.

—Ya veremos, ya veremos... — nos dicen casi en voz baja. Y de pronto, las caras se ponen hoscas, las frentes se levantan y los puños se crispan.

Comprendemos, y aquel apretón de manos con que nos despedimos, tiene la solemnidad de un juramento.

Fabrica de pasta de madera

En esta casa se trabaja con pasta mecánica importada de Suecia y Finlandia y con pasta química.

Acompañados del director de la fábrica, compañero Manuel Strach, y por el técnico, ingeniero Tomás Costa, que nos hablan con entusiasmo de la labor que se realiza, nos detenemos junto a las moledoras que van tragando rápidamente una a una las «balas» de pasta y convirtiéndolas en papilla; ésta pasa a las refinadoras y a la mesa de fabricación a las prensas húmedas, a través de la máquina plana, hasta convertirse en una blanquísima cinta de papel muy ancho que se arrolla en «bobinas» y queda listo para estamparse y convertirse en material de lectura.

SATINADORA

Admiramos la Satinadora, una de las más grandes de España. Recorremos las oficinas administrativas. El compañero Costa, en su despacho, responde a nuestras preguntas.

—¿Cuántos obreros tiene la fábrica?

—En total, 324, de los cuales 114 son mujeres.

—¿Cuánto ganaban antes del 19 de julio y cuánto ganan ahora?

—Ganaban 42 pesetas semanales, término medio; ahora, 120 semanales, también término medio. Las mujeres ganaban entre 30 y 36 pesetas semanales.

—¿Cuántas horas trabajan?

—En la fábrica se trabaja sin interrupción, pues se han establecido tres turnos para los hombres y dos para las mujeres. La semana es de 40 horas.

—¿A cuánto asciende el capital invertido?

—A 4.000.000 pesetas.

—¿Cuál es el índice de producción?

—De enero a septiembre ha producido 5.500 toneladas de papel. En igual período del régimen burgués, año 1936, la producción fué de 4.200 toneladas. De enero a septiembre del año pasado se facturaron 2.337.000 pesetas; en igual período del corriente año, 3.276.000 pesetas.

—¿Está dando la casa su máximo de producción?

—No, no! Si llegamos a introducir la ampliación de agua, cuya construcción está ya resuelta, y a ensayar algunas reformas, se podrán producir 12.000 toneladas por año.

—¿De dónde proviene la materia prima que utilizáis?

—La pasta se trae de los países escandinavos. Ahora, debido a la situación reinante, se presentan algunas dificultades para importar la pasta; pero hasta ahora vamos marchando.

—¿Cómo se administra la fábrica?

—Por un Consejo de Empresa y un Comité Permanente formado por cinco compañeros.

—¿Conservaría el mismo personal técnico y burocrático?

—Sí, el mismo.

—¿Ha aumentado el número de obreros empleados en la casa?

—Sí, tenemos unos sesenta más.

—¿Cuál era el estado económico de la fábrica cuando los trabajadores se apoderaron de ella?

—Catastrófico. Tal como suena. Había 16.000 pesetas en caja y una deuda enorme. Había que pagar cinco semanas de huelga. La colectividad puso el máximo empeño en normalizar las cosas. A los tres meses habíamos pagado las cinco semanas de salario, y durante el año se han reducido las deudas en un 70 por 100.

Actualmente dispone de un efectivo suficiente para hacer frente a todas las necesidades. El último ejercicio, como puedes comprobar, da un beneficio apreciable.

Se han introducido algunas mejoras higiénicas, instalando lavabos y baños. Un botiquín de urgencia con material sanitario y presencia permanente de un practicante. Se ha implantado el servicio médico gratuito con un médico de cabecera y un médico inspector para todos los trabajadores de la casa. Se organizó una buena biblioteca sostenida por los mismos trabajadores. Además, la fábrica contribuye con una subvención mensual a la Federación Nacional de Industrias Gráficas y a los hospitales de sangre.

Al principio, cuando el trabajo urgía, los obreros acordaron trabajar 54 horas, cobrando solamente 48, con el propósito de mejorar la situación económica de la casa sin aumentar el precio del papel. Aun hoy, el aumento del precio del papel no se debe a la mano de obra, sino a la escasez y encarecimiento de la materia prima.

—¿Tenéis algún proyecto para futuras realizaciones?

—Vamos a poner en marcha una máquina de fabricar papeles finos, y queremos instalar una fábrica de pasta junto a la casa. Todo esto nos obligará a ampliar la sección de resmas, donde trabajan exclusivamente mujeres.

—¿De modo que estáis satisfechos de vuestra obra?

—Relativamente, sí. No podíamos hacer nada más ni mejor en esta época de revolución y de guerra. El porvenir dirá lo demás.

Estrechamos efusivamente la mano del compañero Strach, cuya inteligencia y actividad se debe en gran parte la excelente marcha de la fábrica y sus perspectivas halagüeñas.

Un reportaje a uno de nuestros héroes

CIPRIANO MERA de militante anarquista a jefe del Ejército Popular

Salud, mera.

La voz conocida sale de un auto que se detiene junto a la acera por donde caminamos. Hemos reconocido la voz y la palabra mora.

—¡Mera!

Este hombre, con su sonrisa ancha y sus ojos chispeantes, nos tiende la mano. Con este mismo gesto y con esta misma sonrisa, nos alargó un día cierto satisfactor cuando la lucha revestía otros caracteres y acaso se necesitara otro valor para soportarla.

—Felices los ojos.

En lo que va de guerra sólo una vez nos hablamos cruzado con él.

—¿Quieres tomar café conmigo, o mejor, con nosotros? —Le acompañan tres jóvenes soldados del Ejército Popular.

—Si consientes en que charlemos... Perdona... —al ver que mueve la cabeza con aire resignado— tu oficio es guerrear; el mío, escribir, y tú, como hombre disciplinado, ante todo, no puedes oponer trabas al cumplimiento de mi deber si se me ocurre escribir acerca de ti.

La gran sonrisa ancha —iluminación castellana sobre esta cara surcada y morena como la tierra de Castilla— se cierra:

—Bueno está, Mera. Haz cuenta que no vey a hablar de ti. Sólo me interesa saber los avatares que ha sufrido un miliciano del 19 de julio, y un miliciano anarquista, con sentido épico de la indisciplina, hasta llegar a jefe del Ejército del Pueblo.

Mera da vueltas a la cucharilla con aire recelosa. Adivinamos su repugnancia a las confesiones. Sabemos su aversión a los periodistas, tan embusteros, según la tradición popular. Piensa que ya es hora de que su vida sea suya solamente. Que no hay derecho a que la violen ahora los periodistas, como antaño la violaban los agentes. Visto está que ha de sufrir condenado a no tener vida íntima.

Nuestra satisfacción femenina se siente inclinada a pergeñarle confidencias, a resaltar esos aspectos que quizás de esta conversación que quisiéramos preservar como nuestra propiedad única de la mirada de los extranjeros. Pero tenemos un deber que cumplir y, duros en principio con nosotros mismos, nos imponemos el diálogo.

—¿Dónde estabas cuando estalló el movimiento?

—En la cárcel. ¿Recuerdas la huelga de la construcción?

La ancha sonrisa se abre como un gran ventanal hacia el recuerdo.

—Mera fué a buscarme provisto ya de fusil y cartuchera para mí. Y desde allí mismo, sin saludar a los mías, casi olvidándome de ellos, corrimos a reunirnos con el Campamento.

Nada de antes ni de después es igualable a aquellos momentos. Me sé si para todos los compañeros habrán tenido el mismo valor, si todos los habrán sentido como yo los sentía. Era una especie de vértigo para el que no existían los días ni las noches.

Nada más gráfico en su sencillez que esta frase de Mera: «No existían los días ni las noches». En efecto, el reloj se nos durmió un día en la muñeca y no sabemos cuánto tiempo estuvo parado. Comenzamos cuando el estómago nos lo advertía y si teníamos qué dormíamos cuando el sueño nos rendía, si no era preciso rendir al sueño e imponernos la vigilia.

EL SORBOR

Del Campamento salió al cuartel de la Montaña; de ésto a Guadalajara.

Mientras el grueso de las fuerzas atacaba por el puente, formidablemente defendido por la ametralladora que manejaba el mismo coronel Ortiz de Zárate, ya entrábamos en la ciudad con un grupo de camaradas y guardias de Asalto, vadeando el río a la derecha. No le extrañará que mi obsesión fuera la libertad de los presos, y a la cárcel fuimos. Estaba llena de obreros antifascistas, que se lanzaron a la calle como lobos en busca de la presa.

—¿Iban al frente de algún grupo?

—¡Bah! En aquellos tiempos nadie iba al frente de nadie. ¿Si tres se ponían de acuerdo? ¡Adelante! ¿Si se les agregaban veinte más? Adelante, también.

Es verdad, cada hombre, y aun cada mujer, era un sabueso que venteaba el aire para descubrir las guaridas del enemigo, y, descubiertas, se lanzaba sobre él, disputándose la gloria de vencerlo.

—Dominada Guadalajara, salí con otros compañeros en busca de la ruta de Zaragoza. Sabíamos que Medinaceli era el primer tapón que los fascistas habían puesto en el camino. Veinte hombres llegamos hasta Alcolea del Pinar, a muchos kilómetros del cuartel general de las tropas leales, que estaba en Taracena.

Por la memoria de la repórter cruzan recuerdos de Alcolea del Pinar y aye su propia voz, distribuyendo actividades a cincuenta hombres desbrizantados unos días antes a unos días después del paso de Mera por aquellos lugares.

Había muchos kilómetros de terreno neutral. Nosotros pretendíamos que se avanzara hasta cubrirlos; pero el Mando no se mostró de Taracena. Hay comprendemos a comprender muchas razones de entonces.

Desesperados, abandonamos Guadalajara y volvimos a Madrid. El Comité Regional del Centro, que comenzaba a controlar las actividades de sus militantes, nos envió con otros, a sofocar la sublevación de la Guardia civil de Cuenca, que se apaciguó instantáneamente al saber que íbamos sobre ella. No obstante, por encargo del gobernador recorrimos la provincia, imposibilitando todo foco de insurrección. Por entonces se organizaban las milicias confederales al mando del teniente coronel Del Rosal, y decidí volver a Madrid para enrolarme.

—¿Hacía qué fechas?

—¡Diablos! Yo no me acuerdo de las fechas. Ya te dije que para mí el tiempo no existía. Toda mi vida giraba en torno a una idea: ¡las aplastar al fascismo.

—Bebiste —dice uno de los muchachos que asisten silenciosos a nuestra conversación— que sería a primeros de agosto.

—¿Tú vas con Mera desde entonces?

—Desde el principio del movimiento.

Son muchos los que pasaron de la «obra» a las milicias con él. Su graduación no ha disminuido un ápice su compañerismo. Parece que de esta graduación distraerán todos un poco, tal que entre todos la hubieran ganado.

LA PRIMERA REACCION

Bah, pues, para terrado con la columna Del Rosal.

—¿Graduado ya?

—No. Pero ¿por qué ese afán de que me graduen? Delegados de estas fuerzas iban Valles, Domínguez y Mera. Los dos últimos quedaron sobre el campo. La boca que habla se aprieta fuertemente sobre las últimas palabras, como queriendo una herida para calmar un dolor. Luego prosiguen:

—En Paredes de Buitrago comencé a conocer la guerra. Ya no teníamos que correr kilómetros y kilómetros en busca del enemigo. Le teníamos allí enfrente, a dos pasos, elevado e inamovible. Todos los días se turnaban; pero comenzaba a ser estéril nuestro entusiasmo combativo, nuestro heroísmo personal. Cada empuje apasionado se estrellaba ante una cosa fría, que ya no eran hombres con sangre y nervios, sino cálculo matemático, disciplina helada. Comencé a preocuparme. La realidad se empeñaba en chocar a todas horas con mis ideas preconcebidas sobre la guerra y la Revolución.

Un día me entraron ganas de ver a los míos; iba a pedir permiso, cuando halló que quince o veinte compañeros más tenían la misma pretensión, y recordé que otros que habían salido días antes aun no habían regresado a su puesto. Decidí esperar al día siguiente; pero todos los días se presentaba el mismo problema y esto me hizo reflexionar. Las unidades nunca estaban completas. La gente sabía batirse soberbiamente, pero no pensaba más que en ir y venir. La lucha, no sé cómo decirlo, parecía para todos lo accidental, cuando yo entendía que era lo primero. Renuncié a ver a los míos, y comencé a sentir desde aquel día una extraña inquietud por la salitud de mis compañeros.

Un día, una negativa de permiso estuvo a punto de provocar una insurrección. Todos los músculos me dolían de la violencia que me vi precisado a hacer para contener el coraje. Sentía necesidad de hablar, y de hablar fuerte, y más que de sugerir, de imponer a los demás mi propio sacrificio.

Otro día volvieron a alborotarse los camaradas. Decían que se pudrían de inacción —había, sin embargo, lucha diaria—, que querían atacar a fondo, acabar ya con aquella situación. «Atrás» o «adelante», decían.

Ya me había convencido de que tal actitud era por completo desatinada; que las cosas tenían a veces razones que no todos podíamos entrever, y que a mí me parecía comenzar a adivinar. Entonces ya no caté. Tomé la palabra sobre los descontentos y les fui revelando, y hasta podría decir que revelándome a mí mismo, todo lo que me atormentaba y me quitaba el sueño. Hablé mucho rato de la disciplina, en la cual yo había empezado a entrar por mí mismo; del deber de la responsabilidad. Conseguí una victoria personal. Contaminé a todos de mis propios pensamientos. Poco después los camaradas me nombraron delegado de grupo, y no mucho más tarde delegado general.

Nosotros vamos dejando hablar a Mera; no queremos intervenir entre él y nuestros lectores.

Por entonces —prosigue— tomamos victoriosamente las alturas que dominan Paredes de Buitrago, y por cuya acción se puso el pueblo a salvo de la avasalla fascista.

EL TRIUNFO SOBRE EL MIEDO

—Hacia primeros de septiembre —ya había comenzado a sentir el correr de los días, como si alguna cosa hubiera comenzado a ordenarse dentro de mí— pasamos a Casa Vieja. Las clases y los delegados mismos íbamos ya militarizados. Yo estaba totalmente convencido de esta necesidad, pero aun había de vencer un resto de repugnancia hacia los modos externos. En mi fuero interno me hallaba totalmente sometido, pero me repugnaba aún —duda un momento— el aparato militar.

—Lo que yo llamaría la armadura de la especialización, vamos.

—Bueno, tal vez sea eso.

De allí pasó a Teruel. Al mando de 200 hombres tomó permanentemente Guadalaviar, evitando así el peligro que amenazaba la carretera de Valencia. Se conquistaron algunos pueblos más y se atacó violentamente Albarracín, asegurándose posiciones de importancia en la Sierra. En esto había llegado noviembre, y con él el cerco a Madrid por los fascistas.

Mil voluntarios bajaron de las alturas de Albarracín hasta el frente de Madrid. Al mando iban Palacios, Vernardini y Mera. Cuando llegaron, los fascistas se habían introducido en la Casa de Campo.

En el primer contraataque —dice Cipriano Mera— llegamos hasta Carabitas y la Casa de Vacas. Más de cuarenta bajas sistas les costó a los fascistas aquel empujón.

Mera Navraba ya como comisario de la Brigada X. El ejemplo del comandante Palacios, modelo de jefes y militares, iba venciendo sus últimos escrúpulos. La guerra no podía ser ganada más que a expensas del último sacrificio. Contra una máquina potentísima, de una precisión de relojería, se estrellaban todos los improvisados; sólo podía oponerse otra máquina más perfecta, de mayor precisión, si cupiera.

—Me convencí —prosigue Mera— de que el mando único, la militarización riguroso, la eran el único recurso para ganar la guerra, y ganar la guerra importaba sobre todas las cosas, ya que sólo allí estaba la clave del triunfo de nuestras ideas. Tomé una determinación concluyente. Me presenté a la Organización Confederal, a Miaja, a Rojo. Me había convencido a mí mismo. «Quiero ser militar —dije— no me importa en qué formas de sargento, de cabo simplemente». Me hicieron comandante y me dieron el mando de las Brigadas 18, 19 y 17. A decir verdad, muy pocas veces estas Brigadas han actuado a mis órdenes. Con las Brigadas 14 y 73 he sido derrotado cuando los fascistas avanzaban a marchas forzadas por la carretera de Aragón a cerrar el cerco de Madrid. Treinta kilómetros les perseguimos.

Aquí podemos decir que Mera es uno de los jefes gloriosos y que mejor ganada tiene esta gloria del Ejército Popular. Pero repudiamos estos precedimientos, y Mera también los repudia.

Le vemos de pronto cansado, con ese aire que quiere ser alento, pero que tiene mucho de fatiga, contestar a nuestras preguntas sin mirarnos, como avergonzado o arrepentido de haber accedido a nuestro deseo, responder con frases breves como si le quitara parte el tiempo y no se atreviera a decirnosla.

—¿En Guadalajara dirigiste después otras operaciones afortunadas, no?

—No fué más que una rectificación de líneas, en la que nos apoderamos de otros cinco pueblos.

Y dice esto sin fuerza, con la seguridad del que sabe medir la importancia de cada hecho sin pretender jamás extraer ventajas de los mismos. Esto me hace mirar tiene el aire estudiado del que finge modestia para dejar a los otros margen de alabanzas, sino que tiene la sencillez perfecta del que siente en su haber verdaderas hazañas.

—¿Luego?

—Me fué a Brunete siempre al mando de unidades que no eran las mías.

—¿Y ahora?

—A Guadalajara otra vez.

Nuevas hemos oído esta afirmación así rotunda. Parece que al destino se hubiera empeñado en asignar a este hombre la ruta que él eligió libremente en los primeros días de la lucha.

Algunas preguntas nos tiemblan en los labios; pero le hemos visto tal deseo de poner fin a la conversación, que no nos atrevemos a formularlas.

Hubiéramos querido preguntarle cómo se decide aquel desde un cambio de tiempo y no de hogar— a aquel Jiménez que por esa misma carretera de Aragón, que es su reconquista, corría hace un año dentro de un coche con cinco hombres más a la conquista de su Eldorado. Pero adivinamos que no añadirá ni una palabra. Mera es un militar de guerra; afortunadamente no aprendió nunca a ser militar de salón. Si el objetivo le sorprende, enhorabuena, si no, se volverá de espaldas.

Y como nosotros hemos cumplido nuestro objeto, descubrir el proceso psicológico de un militante anarquista que ha llegado a jefe del Ejército Popular

Cuando nos despedimos adivinamos en su apretón de manos que agradecía nuestra ausencia.

LUCIA SANCHEZ SAORNIL

EL 20 DE NOVIEMBRE DURRUTI!

Ante el próximo Pleno Económico de la C.N.T.

Las federaciones nacionales de industrias

En el Pleno Nacional Económico de la C. N. T., de que nos venimos ocupando para plantear algunos problemas que serán debatidos y resueltos en él, se abordará un aspecto de la organización que está ligado a las funciones económicas que desarrolla y que han de recibir nuevo impulso y perfeccionándose progresivamente, una vez que el Pleno adopte soluciones generalizadas que abarquen el plano nacional. Se trata del problema de las Federaciones Nacionales de Industrias, del adecuado acoplamiento en cada una de ellas de cuantas ramas del trabajo estén comprendidas en su órbita de producción respectiva, así como de los organismos de carácter técnico-administrativo que dichas Federaciones precisan para su eficaz funcionamiento.

Las Federaciones Nacionales de Industrias han sido constituídas. Lo que resta por hacer en ese sentido, quedará cumplimentado antes de que se inicie el Pleno, estando, en consecuencia, representadas en sus deliberaciones todas las organizaciones económicas de carácter nacional. El problema deja, sin embargo, en pie, para ser abordados y resueltos, diversos detalles que han significado trabas en la experiencia del acoplamiento de industrias dentro de la Federación Nacional, para un completo ajuste del aparato sindical. En base a estas experiencias, a los acuerdos y puntos de vista de diferentes organizaciones, El Pleno resolverá de una vez el problema, para que sean superadas las cuestiones de detalle que han impuesto la inclusión de este punto en el Orden del Día del importante comicio que prepara la C. N. T.

* * *

Vamos a hacer algunas consideraciones de carácter general, puesto que no somos nosotros los indicados para sentar aquí los diferentes casos presentados, y de señalar las soluciones de cada caso. Las comisiones especializadas, recogiendo todo el material de información que con este problema se relaciona, han de brindar a los trabajadores confederados una orientación práctica, en torno a la cual puedan decidir.

Nos basta señalar el principio general sobre el que debe basarse la integración de las Federaciones industriales, para que se logren los propósitos que se persiguen con un sistema de ese tipo. Por lo demás, no hacemos sino repetir lo que ha sido expuesto por las Ponencias de Plenos y Congresos de carácter regional, particularmente en el Congreso Regional de Sindicatos de Cataluña, del que hemos hablado en TIERRA Y LIBERTAD extensamente, ilustrando con gráficos aclaratorios el encuadre de las estructuraciones orgánicas y técnico-administrativas adoptadas.

* * *

La organización por industria, abarca, en el orden local, comarcal, regional y nacional, todo un proceso de elaboración, desde la materia prima y sus fuentes hasta la distribución del producto.

Conviene recordar los fundamentos de los acuerdos del Congreso regional de Cataluña, porque definen con toda claridad la cuestión. Dice el primer apartado:

LOS SINDICATOS DE INDUSTRIA COMIENZAN EN EL CULTIVO O EXTRACCION DEL PRODUCTO NATURAL O MATERIA PRIMA, Y TERMINAN EN LA DISTRIBUCION DE SUS PRODUCTOS, EN LAS CONDICIONES ACORDADAS.

POR CONSECUENCIA, LOS TRABAJADORES SE AGRUPAN DONDE LES CORRESPONDA, SEGUN LA CLASIFICACION ESTABLECIDA, INCLUSO LOS ADMINISTRATIVOS Y TECNICOS TITULADOS (ARQUITECTOS, INGENIEROS, ETC.) O SIN TITULO.

* * *

Es indispensable partir de una premisa fundamental cuando se encara este problema. En la estructura de los Sindicatos y Federaciones por industrias, se tiene presente, por encima de todo, la faz técnica de la producción en sus diversas etapas. Y ello es lógico, por cuanto la estructuración de tipo industrial responde a un concepto constructivo propio de las nuevas funciones de las organizaciones sindicales, llamadas a participar directamente en la economía, ampliando cada vez más esa intervención hasta ser los órganos económicos en cada una y en todas las ramas de la producción industrial y campesina. Estas nuevas funciones deben obedecer a un criterio económico estricto, es decir, deben desarrollarse según los principios de máximo rendimiento. La coordinación, la dirección y la administración en una industria, deben, en consecuencia, contemplar dos factores de primer importancia: un perfecto acoplamiento de secciones y ramos dentro de una industria determinada, por una parte; una organización vertical que se extienda en cada industria desde el plano local hasta el nacional, por otra. De la exactitud con que se resuelvan estos dos aspectos, depende el resultado técnico de una industria. La Federación Nacional de Industria debe, por tanto, satisfacer fundamentalmente estas dos exigencias. Todos los intereses particulares deben dar paso a la ejecución del trabajo, a su coordinación y a su administración, que consulten estos principios elementales de economía en la producción regida por los propios organismos de los trabajadores.

* * *

Respecto al acoplamiento de los Sindicatos de Industria en su respectiva Federación Nacional, nos parece oportuno, por ser resultado de una experiencia realizada reproducir la parte correspondiente del acuerdo confederal de Cataluña:

Reunidos los Sindicatos de una misma Industria regional y nacionalmente, nombrarán los Secretarios de los Comités de las Federaciones Regional y Nacional, de la industria respectiva. También determinarán la localidad donde dichos Comités deben residir, procurando, en todo lo posible, coincidir con la residencia de los Comités Regionales y Nacional de Relaciones de la C.N.T.

El Comité Nacional estará compuesto de un Secretario, dos Delegados de cada Región y un vocal por cada Federación Nacional de Industria.

* * *

Son los organismos técnico-administrativos los llamados a cumplir funciones esenciales de organización y administración del trabajo, en todas las esferas de la producción, empezando por los lugares o centros de producción y culminando en los que corresponden al plano nacional.

Los Consejos Técnico-administrativos, en efecto, que arrancan del taller, fábrica, centro de cultivo, etc. (Consejo T. A. de Centro de Producción), se constituyen también en cada Industria localmente, en la comarca y en la región, para completarse con los Consejos Técnico-administrativos Nacionales de Industria.

Los Consejos Técnico-administrativos Regionales de Industria constituyen los Consejos Regionales de Economía, Control y Estadística.

Los Consejos Técnico-administrativos nacionales constituyen el Consejo Nacional de Economía, Control y Estadística Confederal. Al respecto dicen los acuerdos del Congreso Regional de Cataluña:

Sobre el Consejo Nacional de Economía, Control y Estadística Confederal: Se formará por dos Delegados de cada Consejo Regional de E. C. y E., procurando estén representadas todas las Industrias en el C. Nacional, hasta tanto se constituyan todas las Industrias de España en FEDERACIONES NACIONALES DE INDUSTRIAS, en cuyo caso deberá formarse a base de representación directa de cada Consejo Nacional Técnico-administrativo de Industria.

* * *

En la región catalana, después del Congreso realizado en febrero, se ha puesto en marcha la nueva estructuración. Y son los organismos económicos que han surgido como consecuencia de la organización sindical por industrias y el acoplamiento de instrumentos —Consejos Técnico-administrativos y los Consejos de Economía, Control y Estadística Confederal—, los llamados a dar cuenta de su experiencia y a sugerir las rectificaciones que la práctica aconseje.

Lo que es indudable es que las FEDERACIONES NACIONALES DE INDUSTRIAS necesitan, como las federaciones comarcales y regionales, y como los Sindicatos y como los Centros de Producción de cada Industria, el organismo técnico capaz de llevar a cabo en el plano nacional de todas las funciones especificadas en el Congreso Regional de Sindicatos de Cataluña.

* * *

RESUMIENDO. — SON INDISPENSABLES: UNA COMPLETA ESTRUCTURACION NACIONAL EN CADA UNA DE LAS INDUSTRIAS EN QUE SE DIVIDE LA PRODUCCION Y EL TRABAJO EN LA CIUDAD Y EL CAMPO; LA CREACION DE ORGANISMOS TECNICOS EN CADA FEDERACION NACIONAL DE INDUSTRIA.

¡Ropa de invierno para los frentes!